Nos está quedando demasiado bien

Fabricio Gaviña

Licenciado en Bibliotecología y Documentación · Argentina

https://orcid.org/0009-0007-1776-791X

gavinafabricio@gmail.com

Resumen

La inteligencia artificial no borra palabras, las promedia. Este ensayo propone pensar desde la bibliotecología una forma de pérdida que no figura entre las conocidas (expurgo, desastre, obsolescencia), la pérdida por uso. Cada sugerencia de estilo aceptada acerca la escritura a una norma que se presenta como la forma correcta de escribir, y lo que se va es la posibilidad de elegir no corregir. A partir de un proyecto institucional vacío y de una carpeta escolar rionegrina mimeografiada, el texto distingue mejorar de normalizar y plantea la mediación lectora y la custodia como tareas del oficio frente a esa erosión.

Palabras clave pérdida por uso; inteligencia artificial; variedades del español; mediación lectora; escritura institucional; bibliotecología

Abstract

Artificial intelligence does not erase words. It averages them. Drawing on library science, this essay proposes a form of loss absent from the familiar ones (weeding, disaster, obsolescence), loss through use. Each accepted style suggestion pulls writing toward a norm presented as the correct way to write, and what fades is the possibility of choosing not to correct. Starting from an empty institutional project and a mimeographed school workbook from Río Negro, the text distinguishes improving from normalizing and proposes reading mediation and custody as professional tasks in the face of this erosion.

Keywords loss through use; artificial intelligence; Spanish language varieties; reading mediation; institutional writing; library science

Lo que la máquina llama mejorar

Hacé la prueba. Agarrá un párrafo tuyo, uno escrito con apuro, con alguna repetición, con ese giro que se te escapa siempre que escribís, y pedile a cualquier asistente que lo mejore. Lo que vuelve es por decirlo de alguna manera, impecable. Las comas en su lugar, los verbos más precisos, el giro

reemplazado por algo más claro. Lo leés dos veces y no tenés nada que reprocharle. Bueno, salvo un pequeño detalle, eso que escribiste ya no es tuyo.

Le llamamos corrección porque es la palabra que teníamos a mano. Pero casi nada de lo que cambió estaba mal, simplemente estaba distinto. Y para algo que calcula lo más probable, lo distinto es lo que hay que arrimar al centro.

Eso distinto, encima, casi siempre es lo que nos dice de dónde viene uno. El voseo que vuelve convertido en un tuteo correcto. Los pibes que pasan a ser estudiantes, o jóvenes, o en el mejor de los casos adolescentes. El almacén de la esquina, que pasa a ser un comercio de cercanía. Ninguna de esas cosas es un error y se van igual.

La herramienta no tiene nada contra el voseo ni contra nosotros los habitantes de la Patagonia. Aprendió a escribir leyendo muchísimo, y en ese muchísimo lo nuestro es poco. Cuando promedia, promedia hacia donde está la mayoría, y la mayoría nunca vivió acá. Y esto no es solo una intuición de bibliotecario resentido. En 2025 un equipo de investigadores puso a prueba a nueve modelos de lenguaje para ver si distinguían siete variedades del español, la rioplatense entre ellas, y la que mejor reconocieron todos fue la peninsular (Mayor-Rocher et al., 2025). Hasta el dato vino de Madrid.

Y uno lo acepta. A mí lo que me interesa en este caso es eso, lo que hacemos nosotros cuando aceptamos una y otra vez sin pensarlo demasiado o sin pensarlo nada, que lo que hace la máquina está perfecto. Y una pregunta que a los bibliotecarios nos toca de cerca, qué pasa cuando algo se pierde sin que nada desaparezca.

La pérdida por uso

Los bibliotecarios estamos acostumbrados a perder. Es parte inseparable del oficio aunque no figure en el perfil de egresado que dan las instituciones formadoras. Perdemos por expurgo, y ahí hay un criterio, una planilla, alguien que firma y una discusión de pasillo sobre si ese manual de 4to grado de 1987 todavía sirve para algo. Perdemos por catástrofe climática, representada por la gotera que nadie arregló, la humedad que se comió primero el revoque de la pared y luego la hemeroteca, o una rata que se coló en un descuido, y aunque duela tiene fecha y se puede contar. Perdemos por obsolescencia, y ahí están los disquetes en una caja que nadie se anima a tirar porque adentro estaba (dicen) el catálogo de la biblioteca del 98 o la colección de CD que envió el INTA alguna vez.

En todos o en gran parte de los casos la pérdida deja rastro. Hay un acta, un responsable, un antes y un después. Uno puede no estar de acuerdo con el expurgo, puede renegar de la gotera, pero sabe qué se perdió y más o menos cuándo y también el motivo.

La pérdida por uso no deja nada de eso, nadie interviene en nada. No hay un día en que alguien se siente frente a la computadora y resuelva dejar de escribir como escribía. Lo que hay es una sugerencia, amable, al costado del texto, ofreciendo que el párrafo suene más claro o con una

redacción más adecuada. Y uno acepta, porque el párrafo efectivamente queda más claro, o por lo menos más parecido a lo que uno cree que debería ser un párrafo claro y bien escrito. Al día siguiente aparece otra, y otra, ninguna es grave. Ninguna merece un acta. Cristóbal Cobo, en *Acepto las condiciones*, retoma una fórmula precisa para esto, "elegir no elegir". Quedarse con la opción que viene por defecto para ahorrarse el costo de decidir, y cederle a otro, en el camino, un pedazo de autonomía. Lo hacemos todos los días frente a términos que no leemos, y la sugerencia de estilo viene a ser más o menos lo mismo, solo que quizás con mejores modales.

El problema es que el oficio está mal preparado para esto. Sabemos cuidar documentos, pero con las costumbres no sabemos bien qué hacer. Podemos defender un fondo frente a una mudanza o un recorte de presupuesto, pero no tenemos ni las palabras para describir lo que pasa cuando el documento sigue ahí, catalogado, indizado, recuperable en dos clics, y lo que se fue es la persona que lo escribió. La forma de decir, el giro que delataba de dónde venía, la frase con carencia de conectores que obligaba a releer.

Y acá conviene no hacerse el distraído o el inocente, no es que la máquina nos quite nada. Le vamos entregando la voz de a poquito, porque es más cómodo y porque la versión que nos devuelve se parece mucho a lo que nos enseñaron que era escribir bien. La corrección nunca estuvo en discusión. Lo que se va es otra cosa, la posibilidad de elegir no corregir. De dejar el error porque es mío, porque así hablo y creo que es, porque esa aspereza dice algo que la versión prolija no dice.

¿Alguien sabe cómo se registra eso en un inventario? ¿En qué columna de la planilla de bajas va?

Al menos yo, no tengo idea. Pero me parece que si no le encontramos nombre nosotros, que de eso vivimos, no se lo va a encontrar nadie.

El texto que no escribió nadie

Llega un proyecto institucional impreso en anillado transparente, la única copia que la escuela pudo imprimir en un año en que no hay hojas ni para las planillas de información mensual. Treinta páginas. Lo apoyás sobre el escritorio, lo hojeás y ves siempre lo mismo, márgenes justificados, títulos en negrita con la jerarquía exacta, viñetas prolijas.

Lo abrís en la página cuatro, donde supuestamente se define el diagnóstico de la institución. Dice que se observa «una complejidad creciente en las trayectorias de los sujetos pedagógicos que demanda un abordaje integral y situado». Pasás a la página doce, donde se fundamenta el área, y repite que el objetivo es «optimizar los recursos disponibles mediante estrategias de transversalidad curricular».

Te quedás mirando esa frase. Buscás en el texto una mención al edificio viejo, al aula que se llueve, a los pibes que dejan de venir cuando arranca la cosecha, o a la fotocopiadora rota que nadie arregló.

No hay nada. No hay una sola referencia concreta a nada que ocurra en esa escuela o en esa biblioteca.

El documento esta estéticamente inmaculado, tiene carátula, fecha, el sello de la institución y la firma del director al pie. Cumple con todo lo que pide la normativa para ser archivado, y cualquiera que haya trabajado en una biblioteca sabe que eso alcanza para que dure. Va a estar ahí dentro de veinte años, recuperable, citable, con todos sus datos en orden. Pero cuando te tomas el trabajo de leerlo de punta a punta te das cuenta de que lo que se va a conservar es un texto que no escribió nadie, redactado con un vocabulario flotante que sirve igual para un instituto técnico en la Patagonia que para una oficina ministerial en plena ciudad de Buenos Aires.

Ya sé lo que me van a decir. Que eso no lo inventó ninguna máquina. Que los proyectos institucionales vacíos son un género con tradición propia, que «trayectorias», «abordaje situado» y «transversalidad» circulaban por las escuelas mucho antes de que alguien abriera un chatbot, y que más de un director firmó con la misma birome tres proyectos casi idénticos en tres escuelas distintas en tres años diferentes. Tienen razón. Ángel Rama le puso nombre hace cuarenta años, la ciudad letrada, esa escritura de escribanos y funcionarios que en América Latina siempre anduvo por un lado mientras la lengua de la gente andaba por otro. La burocracia educativa venía entrenando para esto hace rato, y con bastante disciplina.

Pero antes ese texto costaba. Había que conseguir el proyecto del año anterior, o el de la escuela de al lado, copiarlo, cambiarle el nombre, emparchar donde no cerraba. Y en ese emparche, casi siempre por descuido, se colaba al menos algo de verdad. La matrícula real, el nombre del barrio, el colectivo que no pasa después de las seis, la queja del preceptor que alguien transcribió sin pensar. Ese vacío tenía grietas, y por las grietas se veía un poco de la escuela.

Hoy el vacío sale entero, de una sola pieza, en treinta segundos. No hace falta copiar de nadie porque el promedio ya viene armado. La IA no inventó la jerga, la volvió gratis. Lo que antes era una tentación con el plazo encima ahora es la opción más utilizada y sale por defecto. Y lo que se colaba por descuido ya no tiene por dónde colarse, porque ahora no hay descuido. Hay una redacción impecable que nadie tuvo que pelear, y que ni siquiera obliga a darse cuenta de que se está escribiendo en el vacío.

Y a nadie le conviene demasiado que vuelvan las grietas. Porque un aula que se llueve, si queda escrita en un proyecto con sello y firma, es un reclamo. Si no la escribe nadie, es una gotera y listo.

Y nadie se queja. El proyecto se aprueba, se archiva, se cita en el próximo. ¿Quién va a extrañar la fotocopiadora rota de un documento que nunca la nombró?

¿Y si queda mejor?

Hasta acá venía cómodo. Pero hay una pregunta que me sigue desde el primer párrafo. ¿Y si queda mejor?

Porque a veces queda mejor. Cualquiera que haya corregido trabajos sabe que hay párrafos que no tienen voz, tienen enredo, y que la frase torcida muchas veces obliga a releer porque está mal escrita, no porque esconda algo. Una voz local también puede ser injusta, confusa o mediocre. Ser de acá no la salva. Y el estándar utilizado no es un invento de los malos. Es lo que permite que un pibe de Jacobacci le escriba a un ministerio y lo entiendan, que un trabajo hecho en Viedma se lea en Salta. La escuela pública enseñó la lengua común, entre otras cosas, para que nadie quedara afuera por cómo hablaba. Ese también es un reclamo de justicia, y no lo voy a tirar a la basura para quedar bien con mi propia tesis.

A veces lo que llamo pérdida es simplemente edición. Y la edición existió siempre. Hubo correctores, editores, maestras con birome roja o verde según la moda, y gracias a muchos de ellos hay libros que se pueden leer.

Pero se hace necesario decir que mejorar una expresión y normalizarla no son la misma cosa, aunque a veces se parezcan mucho. Mejorar es ayudar a que una frase diga mejor lo que quería decir el que la escribió. Normalizar es otra cosa muy distinta, es que diga lo que diría cualquiera. Un buen editor pregunta qué quisiste decir. Te puede dejar el voseo porque entendió que era a propósito, o pelearse con vos por un párrafo. La herramienta no pregunta nada. No necesita saber que hubo una decisión para reemplazarla por lo más probable. No le dice a nadie que su voseo está mal, simplemente devuelve otra cosa porque estadísticamente es lo que corresponde. Y ahí nadie tuvo que decidir nada.

El estándar aprendido es un registro que uno maneja, y por eso lo puede abandonar cuando quiere. El que viene por defecto también se aprende, claro, solo que nadie te avisa que había otros. El pibe que sabe escribir formal y elige escribir como habla está eligiendo. El que escribe siempre pulido también puede decir que eligió, que le gusta así, que le resulta más claro, y puede tener razón. Lo que me preocupa es otro caso, el de quien ni siquiera llegó a darse cuenta de que había algo para elegir. Porque la pantalla no le ofreció una forma entre otras, le presentó la forma correcta de escribir.

A veces queda mejor, sí. Lo que no sé es mejor para quién, ni quién decidió que eso era mejorar.

Leer contra el promedio

Tengo delante la tapa de *Río Negro, mi provincia*, de Marcelino Castro García. Un texto icónico para quienes hicimos primaria en la provincia en otras épocas. No dice libro ni manual, dice "Carpeta de información y actividades para los alumnos de 4° grado". El título está hecho a mano, el escudo de la

provincia dibujado a pluma, y el índice tipeado a máquina, con un error en el Tema II corregido con una flechita de birome que nadie se molestó en disimular.

Hasta donde sé nunca tuvo una edición de imprenta. Circuló primero en copias de mimeógrafo y después en fotocopias que el propio autor vendía a las escuelas. Y a cada envío un ejemplar destinado a la escuela dedicado de puño y letra, a la dirección, y algo como "un pequeño aporte para los colegas que necesiten material sobre nuestra provincia".

Un pequeño aporte para los colegas, así, con esa modestia. El proyecto del anillado transparente también tenía una firma al pie, la del director. Las dos son firmas, pero una firma un trámite y la otra firma una voz.

Adentro, la carpeta hablaba de la barda, del viento norte, de los canales de riego, de pueblos que en los manuales nacionales no aparecían ni en el mapa. Se notaba que el que escribía había andado por ahí, y que les escribía a pibes que vivían ahí. Uno podía estar de acuerdo o no con lo que decía, pero sabía quién lo decía y desde dónde.

Esa carpeta o libro también tenía la mirada de su época. Si la releemos hoy vamos a encontrar cosas sobre los pueblos originarios, sobre la "conquista" y el progreso, que no firmaríamos. Pero justamente por eso sirve. Con Castro García se puede discutir. Se le pueden anotar los márgenes, contradecirlo, ponerlo al lado de otro texto y ver qué dejó afuera. Tiene a alguien adentro, y con alguien adentro hay pelea posible. Con el proyecto del anillado no hay con quién pelear. Es liso, no ofrece de dónde agarrarse.

Ahí la mediación lectora ya no es solo una actividad de fomento. Tampoco es rescatar lo viejo porque era mejor, ni pelearse con la pantalla. Es algo más modesto, que alguien que hoy escribe con un asistente que le pule cada frase tenga, por lo menos, contra qué comparar. Que haya leído alguna vez un texto con marca de lugar, con torpezas, con un tono que no pidió permiso, y que lo pueda reconocer cuando lo vuelve a ver. Y sobre todo cuando no lo ve. A veces alcanza con algo bastante chico, un rato de lectura en el que el texto no se acomoda solo a lo que uno espera.

Porque el oído se entrena con lo que se lee. Si todo lo que pasa por los ojos es texto promedio, el promedio termina sonando a escribir bien, y lo propio, cuando aparece, suena raro, casi a error. Y ahí sí, la pérdida por uso está completa.

Volver a poner esa carpeta en circulación no es tan fácil como parece. Si hoy la buscás en PDF, lo que aparece es Scribd, con pago de por medio. El que cobra ya no es el que la escribió y la llevó por la provincia escuela por escuela, es una empresa que no tuvo nada que ver con ella. Seguramente haya ejemplares guardados en alguna biblioteca, en algún armario de escuela, pero para quien la busca hoy desde una pantalla, la primera puerta que se abre es esa. Ahí hay una tarea nuestra que no es de mediación sino de custodia, y que venimos postergando.

Y cuando se consigue, se puede leer con pibes que hacen la tarea con IA y preguntarles qué notan. Nada más que eso. Que alguna vez puedan mirar la sugerencia amable que aparece al costado del texto y decir que no, que así no, que prefieren cómo lo habían escrito.

Es lo que hacemos desde siempre, poner un texto al lado de otro y que el lector saque sus conclusiones. Lo que pasa es que ahora del otro lado hay un texto que se ofrece a sacarlas por él, y encima lo hace bastante bien.

Bibliografía

Cobo, C. (2019). *Acepto las condiciones: usos y abusos de las tecnologías digitales*. Fundación Santillana. https://www.educ.ar/recursos/adjuntos/descarga/3021/acepto-las-condiciones-usos-y-abusos-de-las-tecnologias-digitales-madrid-2019?disposition=inline

Mayor-Rocher, M., Pozo, C., Melero, N., Martínez, G., Grandury, M. y Reviriego, P. (2025). Es igual pero no es lo mismo: ¿distinguen los LLMs las variedades del español? *Procesamiento del Lenguaje Natural*, 75. https://arxiv.org/abs/2504.20049

Rama, Á. (1984). *La ciudad letrada*. Ediciones del Norte.

Nota sobre el uso de inteligencia artificial

Para la elaboración de este artículo se utilizó Claude (Anthropic) como corrector gramatical y ortográfico de escritura, edición de estilo y apoyo en la traducción al inglés. El contenido, los ejemplos y las decisiones finales son responsabilidad exclusiva del autor.